TRIBUNA DE MADRID FUTURO
LA MIRADA EXPERTA SOBRE LOS GRANDES RETOS DE LA CIUDAD

Estela Li
Presidenta de China Club Spain

Madrid, una ciudad donde el mundo decide quedarse



Vine a España desde Shanghai con una maleta y una idea bastante clara: quedarme un año, como quien se marcha de Erasmus y después vuelve a casa. Nada más lejos de la realidad. Madrid me conquistó y aquel viaje que debía ser temporal terminó convirtiéndose, casi sin darme cuenta, en una vida.

Han pasado más de veinte años y esta sigue siendo la ciudad en la que quiero vivir, crecer y compartir camino. Algunos de mis primeros recuerdos están ligados a esa diversidad. Durante mi etapa universitaria compartía residencia con estudiantes internacionales. Recuerdo aquellas visitas al Museo del Prado en las que jóvenes llegados de distintos rincones del mundo descubríamos juntos a Velázquez, Goya o El Greco. Hablábamos idiomas diferentes y teníamos historias distintas, pero empezábamos a hacer nuestra una ciudad que acabábamos de conocer.

Con los años, aquella diversidad se convirtió en mi día a día. Personas llegadas de Europa, América Latina y Asia, junto con amigos españoles, han formado parte de mi trayectoria personal y profesional. Madrid no tiene una única comunidad internacional. Tiene muchas comunidades que se encuentran, se cruzan y terminan haciendo también suya la ciudad.

Primero descubrí Madrid como estudiante. Después llegaron mi carrera profesional y proyectos en sectores como las energías renovables, el financiero y el inmobiliario. Hoy, desde la consultoría internacional en KPMG y como presidenta de China Club Spain, sigo manteniendo esa ventana abierta al mundo y conociendo a personas que actúan como puentes entre Madrid y otros países.

Atraer es solo el primer paso

Una ciudad no se convierte en internacional únicamente porque las grandes compañías decidan instalarse en ella. Lo observo conversando con estudiantes internacionales de IE Business School o ESIC. Mientras hablamos de España y China, de oportunidades profesionales o diferencias culturales, me reconozco en ellos. Yo también fui aquella estudiante extranjera que pensaba que estaría aquí solo temporalmente.

Algo parecido sucede con profesionales, emprendedores, directivos e inversores. Muchas conversaciones comienzan hablando de negocios y terminan en cuestiones personales: ¿Dónde debería vivir? ¿Dónde estudiarán mis hijos? ¿Cómo puedo integrarme mejor? ¿Madrid puede convertirse realmente en nuestro hogar? Esas preguntas dicen mucho sobre una ciudad internacional. Atraer es solo el primer paso. El verdadero reto es integrar y generar arraigo.

Una ciudad que se hace propia

Madrid cuenta con importantes fortalezas: conectividad internacional, infraestructuras, seguridad, universidades, talento, cultura, calidad de

vida y un entorno empresarial dinámico. He observado cómo cada vez más compañías globales, incluidas muchas empresas chinas con las que mantengo una relación más cercana, contemplan Madrid no solo como puerta de entrada a España, sino como una plataforma desde la que acceder al mercado europeo y tender puentes con América Latina, al otro lado del Atlántico.

Madrid sigue avanzando en su proyección exterior, su capacidad de innovación y su transformación urbana. Eventos internacionales como South Summit o la reciente celebración del Gran Premio de Madrid de Fórmula 1 son también reflejo de esa ambición de proyectar la ciudad al mundo y reforzar su posición entre las grandes capitales internacionales.

Cuando llega una empresa nueva, llegan sus directivos, ingenieros, especialistas y familias. Llegan conocimientos, experiencias y nuevas formas de pensar y de hacer las cosas. La internacionalización se mide por la inversión extranjera, y también por la capacidad de integrar ese talento en la sociedad. Una ciudad auténticamente internacional es aquella en la que las personas no solo quieren trabajar, sino también vivir, participar y construir su futuro.

Integrarse es también contribuir

Quienes hemos llegado desde fuera podemos conservar nuestras raíces y, al mismo tiempo, formar parte de la sociedad que nos acoge. Integrarse no significa perder identidad, sino enriquecerla: aprender de quienes estaban aquí antes y aportar experiencias, conexiones y perspectivas diferentes. Por eso tuvo para mí un significado especial recibir el año pasado el reconocimiento del Ayuntamiento de Madrid y CEIM como una de las diez profesionales extranjeras distinguidas por su contribución al desarrollo y crecimiento de la ciudad. Más allá de la distinción personal, me enorgullece poder devolver a Madrid una parte de todo lo que esta ciudad me ha dado.

Ese debería ser nuestro compromiso como comunidad internacional: participar, emprender, invertir, enseñar, generar empleo, tender puentes y acompañar a quienes llegan después. Y el de las instituciones como Madrid Futuro: crear oportunidades, facilitar la integración y escuchar a quienes forman parte de esta ciudad. Hay una reflexión de Laozi que me gusta especialmente: «千里之行，始于足下», un viaje de mil millas comienza con un primer paso. Cuando di el mío hace más de dos décadas, no sabía adónde me llevaría. Vine para un año. Después llegaron los estudios, las amistades, una carrera profesional, personas de medio mundo, un marido y mi querido hijo madrileño de siete años y del Real Madrid, por supuesto.

Quizá esa sea la gran fortaleza de Madrid: no solo consigue atraer al mundo. Consigue que una parte del mundo decida quedarse, contribuir y sentir que también pertenece a esta ciudad.